



# Relato de La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

## Por Madre María Teresa de la Santísima Trinidad

El 1 de diciembre de 1817, la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad entre otras cosas relata lo siguiente:

La gracia y consuelo del Espíritu Santo asista siempre a Vuestra Señoría Ilustrísima y Padre mío directísimo.

Tres veces se me ha mostrado Cristo en la cruz de la misma manera que se me mostró el día de la impresión de las llagas. La cruz me parece es de 7 varas de largo, con lo que entra en tierra, los brazos de ella de vara y tercia cada uno. El grueso una cinta de tres cuartas en contorno, los clavos el grueso de tres dedos en triángulo o empuñados, no gruesos los dedos, su largo una tercia, su peso me parece es una libra, por ser la cabeza grande.

En esto primero que digo a Vuestra Señoría Ilustrísima entendí de Dios que así lo pusiera según a mí me ha parecido: ahora sigo oyendo lo que Señor San Luis me dicta , y es así:

Hija mía dirás a vuestro Padre, que la Cruz de Nuestro Redentor fue sin labrar de tronco nudoso y con corteza en unas partes verde, y en otras seca. Estuvo Cristo en la cruz pendiente de tres clavos, sin cordeles y solo sostenido con el poder y fortaleza de su Padre Celestial, que le dejó en sus liberales y piadosas manos, no tuvo pedestal en los pies, con un solo clavo le clavaron uno sobre de otro. Ya tendido en la cruz le ataron con cordeles, claváronle primero la mano derecha, luego tiraron cruelmente de las dos partes de donde estaba atado hasta desencajarle los huesos y reventarle las arterias, para que alcanzara al otro barreno, el cual estaba más largo y distante de lo regular y después de la mano derecha clavaron la izquierda.

Los pies fueron clavados después de las manos y también los estiraron con cordeles: hasta ajustar al barreno y aquí se le desencajaron los huesos de su sagrado cuerpo.

La herida de la lanza fue no en donde se la hacen, sino casi en el medio, un poco hacia el lado derecho, en el hueso de las arcas, la lanza dio en el hueso y resbaló hasta llegar a traspasar su corazón.

La corona es en forma de guirnalda de cuatro bejucos, de unos que se dan muy frecuentes a modo de los juncos marinos, en los ríos de Jerusalén, de espinas en par y se dan en las peñas de estos ríos o en las playas. No le traspasaron el cráneo, sino entre piel y hueso y una espina le pasó de esta manera hasta cerca del ojo izquierdo. El color de los bejucos es atabacado y verde y las espinas de distintos tamaños, y algunas hasta de tres dedos.

El cuerpo de Jesucristo derramó mucha sangre en la columna, y derramó también con abundancia, en la coronación y en el árbol de la cruz y aquí en este lugar del Calvario, fue en donde quedó por nuestro amor exhausto de sangre.

En el rostro se le hizo una lastimosa llaga hasta mirársele el hueso, con la bofetada que le dieron, su color estaba denegrido y cárdeno, así en el rostro como en todo su cuerpo, pero jamás perdió, su

Majestad y amable presencia, siendo su hermosura bien conocida de los buenos amigos que le miraban con amor y compasión.

En la cruz padeció Cristo convulsiones, extraordinarias y repetidas agonías con desmayos, sus piadosos ojos los fijó algunas veces en su Madre y en ella los fijó en todos nosotros. Se compadeció de los dolores y lágrimas de la Señora y esta Divina tórtola miró, sintió y atendió a todo el padecer de su hijo, con invicta paciencia y fortaleza, ofreciendo en todo este tiempo de la pasión el sacrificio de entrambos por la redención del mundo.

La Virgen recibió el cuerpo de su amado hijo cuando le bajaron de la cruz para unirlo.

San Juan tomó los clavos y demás instrumentos de la pasión y los presentó a la Virgen quien los tomó en sus manos para besarlos y venerarlos regándolos con sus lágrimas y luego los volvió al Apóstol, quedándose, por el tiempo que se le permitió, con el Sagrado cadáver en sus brazos.

Los verdugos que le azotaron fueron seis, los instrumentos fueron distintos uno eran cordeles anudados otros cueros sueltos y otros de estos juncos o bejucos de la corona; y a estos verdugos les ayudaban los Demonios.

Después de crucificado y enclavado el cuerpo de Nuestro buen Jesús le remacharon los clavos y en esto padeció doble tormento por el peso que le hacía su mismo cuerpo lleno de dolores. El rostro le inclinó hacia el lado derecho y así expiró y cerró los ojos, no quedándole más que un poco abiertos de la suma flaqueza y estiramiento de los nervios, pero esto sin causar horror. Cuando le levantaron en alto, le sostenían con unas varas que tenían como una U, redonda de fierro en donde entraban los brazos de Jesucristo y los de la cruz juntamente.

Hasta aquí me ha dictado el Santo sin añadir ni quitar yo una palabra, y algunos instantes confieso a Vuestra Señoría Ilustrísima que me parece no he estado en mí, y concuerda muy bien lo que el Santo dice con lo que mi alma entiende y conoce claramente.

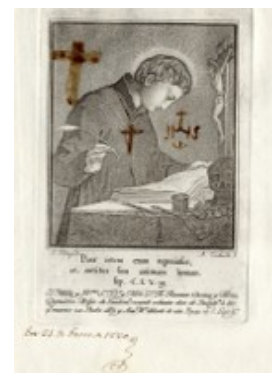
Yo he pedido mucho, por este, Señor, Pomposo Fernández y lo que me da Dios a entender es que siga en vida ejemplar y de virtudes, y que cuide de sus hijas, procurándoles solamente aquel estado que fuere voluntad Santísima, y todo cuanto encarga a Vuestra Señoría Ilustrísima que yo pida, lo que hago y lo haré siempre deseando que su Majestad, le dilate el corazón, y le cumpla lo que mejor convenga para su eterna salvación.

Deseo que Vuestra Señoría Ilustrísima no tenga novedad, le pido humildemente su bendición y pido a Nuestro Señor lo que para consuelo y amparo de su obedientísima hija que lo venera.

María Teresa de la Santísima Trinidad.

1 de Diciembre de 1817.

Este relato fue dictado a la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad durante un éxtasis, por intervención divina de San Luis Gonzaga.



**Asociación Pro Canonización Madre María Teresa de la Santísima Trinidad**

[www.madremariateresa.org](http://www.madremariateresa.org)